

***IEP* - Instituto de Estudios Peruanos**

**Taller Interactivo: Prácticas y Representaciones  
de la Nación, Estado y Ciudadanía en el Perú**

**INTRODUCCIÓN GENERAL\***

Michel de Certeau

**Módulo: Aproximaciones teóricas, nociones de prácticas y  
representaciones**

**Sesión No. 3**

**Lectura No. 3**

**Lima, Junio del 2002**

---

\* En: La Invención de lo Cotidiano. I. Artes de Hacer. Traducción de Alejandro Pescador. Universidad Iberoamericana. Departamento de Historia. Pp. XLI-LV (71-86)

## INTRODUCCIÓN GENERAL

Michel de Certeau

La investigación publicada parcialmente en estos dos volúmenes nació de una interrogante sobre las *operaciones de los usuarios*, supuestamente condenados a la pasividad ya la disciplina. Más que tratar un tema tan huidizo y fundamental, se busca hacerlo tratable, es decir, proporcionar, a partir de sondeos e hipótesis, algunas vías posibles para los análisis por llevarse a cabo. Se alcanzaría el objetivo si las prácticas o las “maneras de hacer” cotidianas dejaran de figurar como el fondo nocturno de la actividad social, y si un conjunto de cuestiones teóricas, de métodos, de categorías y de puntos de vista, al atravesar esta noche, permitiera articularla.

El examen de estas prácticas no implica un retorno a los individuos. La atomización social que, durante tres siglos, ha servido como postulado histórico a un análisis de la sociedad supone una unidad elemental, el individuo, a partir de la cual se compondrían grupos ya la cual siempre resultaría posible reducirlos. Rechazado por más de un siglo de investigaciones sociológicas, económicas, antropológicas o psicoanalíticas (pero ¿acaso en historia esto constituye un argumento?), semejante postulado se encuentra fuera del campo de este estudio. Por un lado, el análisis muestra más bien que la relación (siempre social) determina sus términos, y no a la inversa, y que cada individualidad es el lugar donde se mueve una pluralidad incoherente (y a menudo contradictoria) de sus determinaciones relacionales. Por otro, y principalmente, la cuestión tratada se refiere a modos de operación o esquemas de acción, y no directamente al sujeto que es su autor o su vehículo. Aspira este análisis a una lógica operativa cuyos modelos se remontan tal vez a los ardid milenarios de peces hábiles en mimetismos o de insectos proteicos, y que, en todo caso, queda oculta por una racionalidad en lo sucesivo dominante en Occidente. Este trabajo tiene pues por objetivo explicitar las *combinatorias operativas* que componen también (no es algo exclusivo) una “cultura”, y exhumar los modelos de acción característicos de los usuarios de quienes se oculta, bajo el sustantivo púdico de consumidores, la condición de *dominados* (lo que no quiere decir pasivos o dóciles). Lo cotidiano se inventa con mil maneras de *cazar furtivamente*.

Visto el estado necesariamente fragmentario de esta investigación, parece útil presentarla en una visión de conjunto, a manera de prospecto. Este paisaje a vuelo de pájaro ofrece solamente la miniatura de un rompecabezas donde todavía hay muchas piezas faltantes.

### 1. La producción de los consumidores

Surgida de trabajos sobre la “cultura popular” o las marginalidades<sup>1</sup>, la indagación en torno a las prácticas cotidianas de entrada se ha precisado negativamente

---

<sup>1</sup> Ver Michel de Certeau, *La Prise de parole*, Paris, Desclée De Brouwer, 1968 [Hay trad. al español: *La toma de la palabra y otros escritos políticos*, ed establecida y presentada por Luce Giard,

por la necesidad de no localizar la diferencia cultural en los grupos que agitaban la bandera de la “contracultura” grupos ya de por sí singulares, a menudo privilegiados y en parte inscritos dentro del folclor, y que eran sólo síntomas o manifestaciones reveladoras. Pero tres determinaciones positivas sobre todo han permitido articularla.

### *El uso, o el consumo*

Muchos trabajos, a menudo sobresalientes, se ocupan de estudiar sea las representaciones, sea los comportamientos de una sociedad. Gracias al conocimiento de estos objetos sociales, parece posible y necesario identificar el uso que hacen de ellos grupos e individuos. Por ejemplo, el análisis de las imágenes difundidas por la televisión (representaciones) y del tiempo transcurrido en la inmovilidad frente al receptor (un comportamiento) debe completarse con el estudio de lo que el consumidor cultural “*fabrica*” durante estas horas y con estas imágenes. Ocurre lo mismo con lo que se refiere al uso del espacio urbano, los productos adquiridos en el supermercado, o los relatos y leyendas que distribuye el periódico.

La “fabricación” por descubrir es una producción, una poiética<sup>2</sup>; pero oculta, porque se disemina en las regiones definidas y ocupadas por los sistemas de “producción” (televisada, urbanística, comercial, etcétera) y porque la extensión cada vez más totalitaria de estos sistemas ya no deja a los “consumidores” un espacio donde identificar lo que *hacen* de los productos. A una producción racionalizada, tan expansionista como centralizada, ruidosa y espectacular, corresponde *otra* producción, calificada de “consumo”: ésta es astuta, se encuentra dispersa pero se insinúa en todas partes, silenciosa y casi invisible, pues no se señala con productos propios sino en las *maneras de emplear* los productos impuestos por el orden económico dominante.

Desde hace mucho tiempo se ha estudiado, por ejemplo, cuál era el equívoco que minaba en el interior el “éxito” de los colonizadores españoles sobre las etnias indias: sumisos y hasta aquiescentes, a menudo estos indios *hacían* de las acciones rituales, de las representaciones o de las leyes que les eran impuestas algo diferente de lo que el conquistador creía obtener con ellas; las subvertían no mediante el rechazo o el cambio, sino mediante su manera de utilizarlas con fines y en función de referencias ajenas al sistema del cual no podían huir. Eran otros, en el interior mismo de la colonización que los “asimilaba” exteriormente; su uso del orden dominante engañaba ese poder, porque no contaban con los medios para rechazarlo; se le escapaban sin separarse de eso. La fuerza de su diferencia se mantenía en los procedimientos de “consumo”. En un menor grado, un equívoco semejante se insinúa en nuestras sociedades con el uso que los medios “populares” hacen de las culturas difundidas e impuestas por las “élites” productoras de lenguaje.

La presencia y la circulación de una representación (enseñada como el código de la promoción socioeconómica por predicadores, educadores o vulgarizadores) para nada indican lo que esa representación es para los usuarios. Hace falta analizar su manipulación por parte de los practicantes que no son sus fabricantes. Solamente

---

México, UIA-Departamento de Historia/ITFSO, 1995 (Serie Historia y Gráfica, 2)]; *La Possession de Loudun*, 3a. ed., París, Gallimard (Archives), 1990; *L'Absent de l'histoire*, París, Mame, 1973; *La Culture au pluriel*, nueva ed., París, Seuil, Points, 1993; *Une politique de la langue* (con Dominique Julia y Jacques Revel), París, Gallimard (Bibliothèque des histoires), 1975, etc.

<sup>2</sup> Del griego *poiein*: “crear, inventar, generar”.

entonces se puede apreciar la diferencia o la similitud entre la producción de la imagen y la producción secundaria que se esconde detrás de los procesos de su utilización.

Nuestra investigación se sitúa dentro de esta diferencia. Podría tener como marca teórica la *construcción* de frases propias con un vocabulario y una sintaxis *recibidos*. En lingüística, la “realización” no es la “competencia”; el acto de hablar (y todas las tácticas enunciativas que implica) no se reduce al conocimiento de la lengua. Al ubicarse en la perspectiva de la enunciación, propósito de este estudio, se privilegia el acto de hablar: *opera* en el campo de un sistema lingüístico; pone en juego una *apropiación*, o una reapropiación, de la lengua a través de los locutores; instaura un *presente* relativo a un momento ya un lugar; y plantea un *contrato con el otro* (el interlocutor) en una red de sitios y relaciones. Estas cuatro características del acto enunciativo<sup>3</sup> podrán reencontrarse en muchas otras prácticas (caminar, cocinar, etcétera). Una intención se indica al menos en este paralelo, que sólo vale parcialmente, según se verá. Ésta supone que, como los indios, los usuarios “trabajan” artesanalmente con la economía cultural dominante y dentro de ella -las innumerables e infinitesimales metamorfosis de su autoridad para transformarla de acuerdo con sus intereses y sus reglas propias. De esta actividad de hormigas, hay que señalar los procedimientos, los apoyos, los efectos, las posibilidades.

#### *Los procedimientos de la creatividad cotidiana*

Hay otra referencia que precisa una segunda determinación de esta investigación. En *Vigilar y castigar*, Michel Foucault sustituye el análisis de los sistemas que ejercen el poder (es decir, las instituciones localizables, expansionistas, represivas y legales) con el análisis de los “dispositivos” que han “vampirizado” las instituciones y reorganizado en secreto el funcionamiento del poder: procedimientos técnicos “minúsculos” que, al jugar con los detalles, han redistribuido el espacio para hacerlo el operador de una “vigilancia” generalizada<sup>4</sup>. Problemática muy nueva. Sin embargo, una vez más, esta “microfísica del poder” privilegia el aparato productor (de la “disciplina”), aun si, en “la educación”, descubre el sistema de una “represión” y si muestra cómo, entre bastidores, tecnologías mudas determinan o provocan el cortocircuito de las escenificaciones institucionales. Si es cierto que por todos lados se extiende y se precisa la cuadrícula de la “vigilancia”, resulta tanto más urgente señalar cómo una sociedad entera no se reduce a ella; qué procedimientos populares (también “minúsculos” y cotidianos) juegan con los mecanismos de la disciplina y sólo se conforman para cambiarlos; en fin, qué “maneras de hacer” forman la contrapartida, del lado de los consumidores (o ¿dominados?), de los procedimientos mudos que organizan el orden sociopolítico. Estas “maneras de hacer” constituyen las mil prácticas a través de las cuales los usuarios se reapropian del espacio organizado por los técnicos de la producción sociocultural. Plantean cuestiones análogas y contrarias a las que abordaba el libro de Foucault: análogas, pues se trata de distinguir las operaciones cuasi microbianas que proliferan en el interior de las estructuras tecnocráticas y de modificar su funcionamiento mediante una multitud de “tácticas” articuladas con base en los “detalles” de lo cotidiano; contrarias, pues ya no se trata de precisar cómo la violencia del orden se transforma en tecnología disciplinaria, sino de exhumar las formas

---

<sup>3</sup> Ver Emile Benveniste, *Problèmes de linguistique générale*, t. 1, París, Gallimard, 1966, pp. 251-66.

<sup>4</sup> Michel Foucault, *Surveiller et punir*, París, Gallimard, 1975.

subrepticias que adquiere la creatividad dispersa, táctica y artesanal de grupos o individuos atrapados en lo sucesivo dentro de las redes de la “vigilancia”. Estos procedimientos y ardidés de los consumidores componen, finalmente, el ambiente de antidisciplina<sup>5</sup> que constituye el tema de este libro.

### *La formalidad de las prácticas*

Se puede suponer que estas operaciones multiformes y fragmentarias, relativas a ocasiones y detalles, insinuadas y ocultas en los sistemas de los cuales estas operaciones constituyen los modos de empleo, y, por tanto, desprovistas de ideologías o de instituciones propias, obedezcan a determinadas reglas. Dicho de otro modo, debe haber una lógica de estas prácticas. Es regresar al problema, ya antiguo, de lo que es un arte o una “manera de hacer”. De los griegos a Durkheim, pasando por Kant, una larga tradición se ha dedicado a precisar las formalidades complejas (y para nada simples o “pobres”) que pueden dar cuenta de aquellas operaciones<sup>6</sup>. A través de este sesgo, la “cultura popular” se presenta de un modo diferente, así como toda una literatura llamada “popular”: se formula esencialmente en “*artes de hacer*” esto o aquello<sup>7</sup>, es decir, en consumos combinatorios y utilitarios. Estas prácticas ponen en juego una *ratio* “popular”, una manera de pensar investida de una manera de actuar, un arte de combinar indisociable de un arte de utilizar.

Para comprender la formalidad de estas prácticas, me he basado en dos tipos de encuestas. Las primeras, más descriptivas, se han referido a ciertas maneras de hacer seleccionadas según el interés que presentaban en la estrategia del análisis, y para obtener variantes bastante diferenciadas: prácticas de la lectura, prácticas de espacios urbanos, utilizaciones de rituales cotidianos, nuevos usos y funcionamientos de la memoria a través de las “autoridades” que hacen posibles (o permiten) las prácticas cotidianas, etcétera. Además, dos monografías más detalladas tratan de seguir en sus entrelazamientos las operaciones propias, sea en la recomposición de un espacio (el barrio de la Croix-Rousse en Lyon) mediante las prácticas familiares, sea en las tácticas del arte culinario, que organizan a la vez una red de relaciones, “trabajos artesanales” poéticos y nuevos usos de las estructuras mercantiles.<sup>8</sup>

La segunda serie de encuestas se ha referido a la literatura científica susceptible de proporcionar hipótesis que permitan tomar en serio la lógica de este pensamiento que no se piensa. Tres campos ofrecen un interés particular. Por un lado, algunos trabajos sociológicos, antropológicos, incluso históricos (de E. Goffman a P. Bourdieu, de Mauss a M. Detienne, de J. Boissevain a E. O. Laumann) elaboran una teoría de estas prácticas, mezcla de ritos y trabajos artesanales, manipulaciones de espacios, operadores de redes.<sup>9</sup> Por otro, desde J. Fishman, las investigaciones etnometodológicas y

---

<sup>5</sup> Desde este punto de vista, los trabajos de Henri Lefebvre sobre la vida cotidiana constituyen una fuente fundamental.

<sup>6</sup> Sobre el arte, de la *Enciclopedia* [de Diderot] a Durkheim, ver el capítulo V, pp. 74-78

<sup>7</sup> Para esta literatura, ver los libritos señalados por *Le Livre dans la vie quotidienne*, París, Biblioteca Nacional, 1975; y por Genevieve Bolleme, *La Bible bleue. Anthologie d'une littérature "populaire"*, París, Flammarion, 1975, pp. 141-379.

<sup>8</sup> Estas dos monografías fueron redactadas, respectivamente, por Pierre Mayol y Luce Giard (a partir de entrevistas recogidas por Marie Ferrier)

<sup>9</sup> De Erving Goffman, ver sobre todo *La Mise en scène de la vie quotidienne*, París, Minuit, 1973; *Les Rites d'interaction*, *ibid.*, 1974; *Frame Analysis*, Nueva York, Harper and Row, 1974. De Pierre Bourdieu, ver *Esquisse d'une théorie de la pratique*, Ginebra, Droz, 1972; “Les stratégies matrimoniales”,

sociolingüísticas de H. Garfinkel, W. Labov, H. Sacks, E. A. Schegloff, etcétera, ponen de relieve los procedimientos de interacciones cotidianas relativas a estructuras de expectación, de negociación y de improvisación propias del lenguaje ordinario.<sup>10</sup>

En fin, además de las semióticas y las filosofías de la “convención” (de O. Ducrot a D. Lewis),<sup>11</sup> es necesario interrogar pesadas lógicas formalistas y su ampliación en filosofía analítica, en los dominios de la acción (G. H. Von Wright, A. C. Danto, R. J. Bernstein),<sup>12</sup> del tiempo (A. N. Prior, N. Rescher y J. Urquhart)<sup>13</sup> o de la modalización (G. E. Hughes y M. J. Cresswell, A. R. White).<sup>14</sup> Pesado aparato que busca tomar el espesor laminoso y la plasticidad de los enunciados ordinarios, combinaciones cuasi orquestales de partes lógicas (temporalización, modalización, exhortaciones, predicados de acción, etcétera), cuyos papeles dominantes se determinan sucesivamente por medio de la circunstancia y la urgencia coyuntural. Un trabajo análogo al que ha emprendido Chomsky en torno a las prácticas orales de la lengua debe dedicarse a devolver su legitimidad lógica y cultural a las prácticas cotidianas, al menos en los sectores, todavía estrechos, en los que disponemos de instrumentos para dar cuenta de esas prácticas.

Investigación compleja porque estas prácticas a veces exacerban y confunden nuestras lógicas; va al encuentro de los lamentos del poeta y, como él, lucha contra el olvido:

Y olvidaba el azar de la circunstancia, la calma o la precipitación, el solo el frío, el principio o el fin de la jornada, el sabor de las fresas o del abandono, el mensaje medio entendido, la primera página de los periódicos, la voz en el teléfono, la conversación más anodina, el hombre o la mujer más anónimos, todo lo que habla, hace ruido, pasa, viene a la mente, existe.<sup>15</sup>

---

en *Annales ESC*, t. 27, 1972, pp.1105-27; “Le langage autorisé”, en *Actes de la recherche en sciences sociales*, núm. 56, nov de 1975, pp. 18490; “Le sens pratique”, *ibid*, núm. 1, feb de 1976, pp. 43-86. De Marcel Mauss, ver sobre todo “Techniques du corps”, en su libro *Sociologie et anthropologie*, París, PUF, 1950. De Marcel Detienne y Jean-Pierre Vernant, *Les Ruses de l'intelligence. La metis des Grecs*, París, Flammarion, 1974. De Jeremy Boissevain, *Friends of Friends. Networks, Manipulators and Coalitions*, Oxford, Blackwell, 1974. De Edward O. Laumann, *Bonds of Pluralism. The Form and Substance of Urban Social Networks*, Nueva York, John Wiley, 1973.

<sup>10</sup> Joshua A. Fishman, *The Sociology of Language*, Rowley, Mass., Newbury, 1972. Ver también David Sudnow (ed.), *Studies in Social Interaction*, Nueva York, Free Press, 1972; William Labov, *Sociolinguistique*, París, Minuit, 1976; etc

<sup>11</sup> Oswald Ducrot, *Dire et ne pas dire*, París, Hermann, 1972; David K. Lewis, *Convention a Philosophical Study*, Cambridge (Mass.), Harvard University Press, 1974, asimismo *Counterfactuals*, *ibid.*, 1973.

<sup>12</sup> Georg H. von Wright, *Norm and Action*, Londres, Routledge and Kegan Paul, 1963; *Essay in Deontic Logic and the General Theory of Action*, Amsterdam, North Holland, 1968; *Explanation and Understanding*, Itaca, N.Y, Cornell University Press, 1971. Y también A. C Danto, *Analytical Philosophy of Action*, Cambridge, Cambridge University Press, 1973; Richard J. Bernstein, *Praxis and Action*, Londres, Duckworth, 1972; Paul Ricoeur y Dorian Tiffeneau (ed.), *La Sémantique de l'action*, París, CNRS, 1977.

<sup>13</sup> A. N. Prior, *Past, Present and Future a Study of “Tense Logic”*, Oxford, Oxford University Press, 1967; y *Papers on Tense and Time*, *ibid*, 1968. N Rescher y A. Urquhart, *Temporal Logic*, Oxford, Oxford University Press, 1975.

<sup>14</sup> Alan R. White, *Modal Thinking*, Ítaca, N. Y, Cornell University Press, 1975; G E. Hughes y M. J. Cresswell, *An Introduction to Modal Logic*, Oxford, Oxford University Press, 1973; I. R. Zeeman, *Modal Logic*, *ibid.*, 1975; S. Haacker, *Deviant Logic*, Cambridge, Cambridge University Press, 1976; H. Parret (ed.), *Discussing Languages with Chomsky, Halliday, etc.*, La Haya, Mouton, 1975.

<sup>15</sup> Jacques Sojcher, *La Démarche politique*, París, UGE (10-18), 1976, p. 145.

## *La marginalidad de una mayoría*

Esas tres determinaciones hacen posible un recorrido del campo cultural, recorrido definido por una problemática de investigación y puntuada por sondeos localizados en función de hipótesis de trabajo que hay que verificar. Intenta señalar los tipos de *operaciones* que caracterizan el consumo en la cuadrícula de una economía, y reconocer en estas prácticas de apropiación los indicadores de la creatividad que pulula allí mismo donde desaparece el poder de darse un lenguaje propio.

La forma actual de la marginalidad ya no es la de pequeños grupos, sino una marginalidad masiva; esta actividad cultural de los no productores de cultura es una actividad sin firma, ilegible, que no tiene símbolos, y que permanece como la única posibilidad para todos aquellos que, no obstante, pagan al comprar los productos-espectáculo donde se deletrea una economía productivista. Esta marginalidad se universaliza; se convierte en una mayoría silenciosa.

Eso no significa que sea homogénea tal marginalidad. Los procedimientos mediante los cuales se opera el nuevo uso de productos ligados conjuntamente en una especie de lengua obligatoria tienen funcionamientos relativos a situaciones sociales ya relaciones de fuerzas. El trabajador inmigrante no tiene, ante las imágenes de la televisión, el mismo espacio crítico o de creación que el profesional francés medio. En el mismo terreno, la debilidad en medios de información, en bienes financieros y en “seguros” de todo tipo atrae un aumento de la astucia, el sueño o la risa. Dispositivos semejantes, al aplicarse a relaciones de fuerzas desiguales, no generan efectos idénticos. De ahí la necesidad de diferenciar las “acciones” (en el sentido militar del término) que se efectúan en el interior de la cuadrícula de los consumidores mediante el sistema de productos, y de hacer distinciones entre los márgenes de maniobra que dejan a los usuarios las conjeturas en las cuales estos últimos ejercen su “arte”. La relación de procedimientos con los campos de fuerza donde intervienen debe pues introducir un análisis *polemológico* de la cultura. Como el derecho (que es su modelo), la cultura articula conflictos ya veces legítima, desplaza o controla la razón del más fuerte. Se desarrolla en un medio de tensiones ya menudo de violencias, al cual proporciona equilibrios simbólicos, contratos de compatibilidad y compromisos más o menos temporales. Las tácticas del consumo, ingeniosidades del débil para sacar ventaja del fuerte, desembocan entonces en una politización de las prácticas cotidianas.

## **2. Tácticas de los practicantes**

Este esquema, de una dicotomía extrema, de las relaciones que los consumidores mantienen con los dispositivos de la producción se ha diversificado en el transcurso del trabajo de acuerdo con tres modos diferentes: investigación de problemáticas susceptibles de articular el material recopilado; descripción de algunas prácticas (leer, hablar, caminar, habitar, cocinar, etcétera) seleccionadas por considerarlas significativas; extensión del análisis de estas operaciones cotidianas en sectores científicos aparentemente regidos por otro tipo de lógica. Al presentar los recorridos efectuados en estas tres direcciones, se matiza el propósito de conjunto.

## *Trayectorias, tácticas y retóricas*

Productores mal apreciados, los consumidores producen mediante sus prácticas significantes alguna cosa que podría tener la forma de las “huellas” dibujadas por los jóvenes autistas de F. Deligny.<sup>16</sup> En el espacio tecnocráticamente construido, escrito y funcionalista donde circulan, sus trayectorias forman frases imprevisibles, “recorridos” en parte ilegibles. Aunque están compuestas con los vocabularios de lenguas recibidas y sometidas a sintaxis prescritas, esas frases trazan las astucias de otros intereses y deseos que no están ni determinados ni captados por los sistemas donde se desarrollan.<sup>17</sup>

Aun la estadística casi nada conoce al respecto, pues se contenta con clasificar, calcular y medir en cuadros las unidades “léxicas” de las cuales estas trayectorias están compuestas, pero a lo cual no se reducen, y de hacerlo en función de categorías y taxonomías que le son propias. La estadística toma el material de estas prácticas, y no su *forma*; marca los elementos utilizados, y no el “fraseo” debido al trabajo ya la inventividad “artesanales”, a la discursividad que combinan todos estos elementos “recibidos” y grises. Al descomponer estos “vagabundeos eficaces” en unidades que define ella misma, al recomponer según sus códigos los resultados de sus desgloses, la encuesta estadística no encuentra sino lo homogéneo. Reproduce el sistema al cual pertenece y deja fuera de su campo la proliferación de historias y operaciones heterogéneas que componen los *patchworks* de lo cotidiano. La fuerza de sus cálculos se sostiene gracias a su capacidad de dividir, pero es precisamente por la fragmentación analítica que pierde lo que cree buscar y representar.<sup>18</sup>

La “trayectoria” evoca un movimiento, pero resulta de la proyección sobre un plano, de una re consideración de todos sus elementos. Es una transcripción. Una grafía (que el ojo puede dominar) sustituyó a una operación; una línea reversible (legible en los dos sentidos), a una serie temporalmente irreversible; una huella, a unos actos. Recorro entonces más bien a una distinción entre *tácticas* y *estrategias*.

Llamo “estrategia” al cálculo de relaciones de fuerzas que se vuelve posible a partir del momento en que un sujeto de voluntad y de poder es susceptible de aislarse de un “ambiente”. La estrategia postula un lugar susceptible de circunscribirse como un lugar *propio* y luego servir de base a un manejo de sus relaciones con una exterioridad distinta. La racionalidad política, económica o científica se construye de acuerdo con este modelo estratégico.

Por el contrario, llamo “táctica” a un cálculo que no puede contar con un lugar propio, ni, por tanto, con una frontera que distinga al otro como una totalidad visible. La táctica no tiene más lugar que el del otro.<sup>19</sup> Se insinúa, fragmentariamente, sin tomarlo en su totalidad, sin poder mantenerlo a distancia. No dispone de una base donde capitalizar sus ventajas, preparar sus expansiones y asegurar una independencia en relación con las circunstancias. Lo “propio” es una victoria del lugar sobre el tiempo. Al

---

<sup>16</sup> Ver Fernand Deligny, *Les Vagabondes efficaces*, París, Maspero, 1970; *Nous et l'innocent*, *ibid.*, 1977; etc.

<sup>17</sup> Michel de Certeau, *La Culture au pluriel*: “Des espaces et des pratiques”, pp. 205-22; “Actions culturelles et stratégie politique”, en *La Revue nouvelle*, abr. de 1974, pp. 351-60.

<sup>18</sup> El análisis de los principios de división permite al mismo tiempo matizar y precisar esta crítica. Ver el libro colectivo *Pour une histoire de la statistique*, t. 1, París, INSEE, 1978, en particular Alain Desrosières, “Eléments pour l'histoire des nomenclatures socio-professionnelles”, pp. 155-231.

<sup>19</sup> Los trabajos de Pierre Bourdieu, de Marcel Detienne y Jean-Pierre Vernant permiten precisar la noción de “táctica”, pero a esto contribuyen también las investigaciones sociolingüísticas de H. Garfinkel, H. Sacks, etc. (ver más arriba las notas 9 y 10).

contrario, debido a su no lugar, la táctica depende del tiempo, atenta a “coger al vuelo” las posibilidades de provecho. Lo que gana no lo conserva. Necesita constantemente jugar con los acontecimientos para hacer de ellos “ocasiones”. Sin cesar, el débil debe sacar provecho de fuerzas que le resultan ajenas. Lo hace en momentos oportunos en que combina elementos heterogéneos (así, en el supermercado, el ama de casa confronta datos heterogéneos y móviles, como las provisiones en el refrigerador, los gustos, apetitos y humores de sus invitados, los productos más baratos y sus combinaciones posibles con lo que ya tiene en casa, etcétera), pero su síntesis intelectual tiene como forma no un discurso, sino la decisión misma, acto y manera de “aprovechar” la ocasión.

Muchas de estas prácticas cotidianas (hablar, leer, circular, hacer las compras o cocinar, etcétera) son de tipo táctico. y también, más generalmente, una gran parte de estas “maneras de hacer”: éxitos del “débil” contra el más “fuerte” (los poderosos, la enfermedad, la violencia de las cosas o de un orden, etcétera), buenas pasadas, artes de poner en práctica jugarretas, astucias de “cazadores”, movilidades maniobreras, simulaciones polimorfas, hallazgos jubilosos, poéticos y guerreros, Estas realizaciones operativas son signo de conocimientos muy antiguos, Los griegos las designaban con la métiς.<sup>20</sup> Pero se remontan más lejos, a inteligencias inmemoriales con los ardides y las simulaciones de las plantas o los peces. Del fondo de los océanos a las calles de las megalópolis, las tácticas presentan continuidades y permanencias.

En nuestras sociedades, se multiplican con el desmoronamiento de las estabildades locales como si, al ya no estar fijadas por una comunidad circunscrita, se desorbitaran, errantes, y asimilaran los consumidores a los inmigrantes en un sistema demasiado vasto como para que sea el suyo y con un tejido demasiado apretado para que puedan escapar de él. Pero las tácticas introducen un movimiento browniano en este sistema. Estas tácticas manifiestan también hasta qué punto la inteligencia es indisociable de los combates y los placeres cotidianos que articula, mientras que las estrategias ocultan bajo cálculos objetivos su relación con el poder que las sostiene, amparado por medio del lugar propio o por la institución.

Para diferenciar los tipos de tácticas, la retórica proporciona modelos. Nada sorprendente pues, por un lado, ésta describe los “giros” cuya lengua puede ser a la vez el lugar y el objeto, y, por otro, porque estas manipulaciones son relativas a las ocasiones ya las maneras de cambiar (seducir, persuadir, utilizar) la voluntad del otro (el destinatario).<sup>21</sup> Por estas dos razones, la retórica o ciencia de las “maneras de hablar” ofrece un aparato de figuras tipo al análisis de las maneras de hacer cotidianas cuando, en principio, se la excluye del discurso científico. Dos lógicas de la acción (una táctica, otra estratégica) se desprenden de estas dos formas de practicar el lenguaje. En el espacio de la lengua (como en el de los juegos), una sociedad explicita más las reglas formales del actuar y los funcionamientos que las diferencian.

Dentro del inmenso corpus retórico consagrado al arte de decir o de hacer, los sofistas ocupan un lugar privilegiado, desde el punto de vista de las tácticas. Tienen como principio, según Córax, hacer que “la posición más débil” sea “la más fuerte” y pretenden poseer el arte de trastornar el poder mediante una manera de aprovechar la

---

<sup>20</sup> Marcel Detienne y Jean-Pierre Vernant, *Les Ruses de l'intelligence*

<sup>21</sup> Ver S. Toulmin, *The Uses of Argument*, Cambridge, Cambridge University Press, 1958; C. Perelman y L. Olbrechts Tyteca, *Traité de l'argumentation*, Bruselas, Université libre, 1970; Jean Dubois *et al.*, *Rhétorique Générale*, Paris, Larousse, 1970; etc.

ocasión.<sup>22</sup> Sus teorías, además, inscriben las tácticas en una larga tradición de reflexiones sobre las relaciones que la razón mantiene con la acción y el instante. Pasando por El arte de la guerra de Sun Tzu en China<sup>23</sup> o por la antología árabe del Livre des ruses,<sup>24</sup> esta tradición de una lógica articulada con base en la conjetura y la voluntad del otro conduce hasta la socio lingüística contemporánea.

*Leer, conversar, habitar, cocinar...*

Para describir estas prácticas cotidianas que producen sin capitalizar, es decir, sin dominar el tiempo, se imponía un punto de partida porque se trata del hogar desorbitado de la cultura contemporánea y de su consumo: la lectura. De la televisión al periódico, de la publicidad a todas las epifanías mercantiles, nuestra sociedad vuelve cancerosa la vista, mide toda realidad en su capacidad de mostrar o de mostrarse y transforma las comunicaciones en viajes del ojo. Es una epopeya del ojo y del impulso de leer. La economía misma, transformada en “semiocracia”,<sup>25</sup> fomenta una hipertrofia de la lectura. El binomio producción-consumo podría sustituirse con su equivalente general: escritura-lectura. La lectura (de la imagen o del texto) parece, además, constituir el punto máximo de la pasividad que caracterizaría al consumidor, constituido en mirón (troglodita o itinerante) en una “sociedad del espectáculo”.<sup>26</sup>

En realidad, la actividad lectora presenta al contrario todos los rasgos de una producción silenciosa: deriva a través de la página, metamorfosis del texto por medio del ojo viajero, improvisación y expectación de significaciones inducidas con algunas palabras, encabalgamientos de espacios escritos, danza efímera, Pero inepto para el almacenamiento (salvo cuando él escribe o “graba” [en su memoria]), el lector no se asegura contra el deterioro del tiempo (se olvida al leer y olvida lo leído) sino mediante la adquisición del objeto (libro, imagen) que sólo es el sucedáneo (el vestigio o la promesa) de instantes “perdidos” al leer. Insinúa las astucias del placer y de una reapropiación en el texto del otro: caza furtivamente, se transporta, se hace plural como los ruidos de los cuerpos. Ardid, metáfora, combinatoria, esta producción es también una “invención” de memoria. Hace de las palabras las salidas de historias mudas. Lo legible se transforma en memorable: Barthes lee a Proust en el texto de Stendhal,<sup>27</sup> el espectador lee el paisaje de su infancia en el reportaje de actualidad. La delgada piel de lo escrito se convierte en un movimiento de estratos, en un juego de espacios. Un mundo diferente (el del lector) se introduce en el lugar del autor.

Esta mutación hace habitable el texto como si fuera un apartamento rentado. Transforma la propiedad del otro en un lugar que, por un momento, un transeúnte toma prestado. Los inquilinos operan una mutación semejante en el apartamento que hacen amueblar con sus acciones y sus recuerdos; los locutores, en la lengua donde deslizan los mensajes de su lengua materna y, mediante el acento, los “giros” propios, etcétera,

---

<sup>22</sup> Aristóteles, *Retórica*, II, 24, 1402a. Ver W K. C Guthrie, *The Sophists*, Cambridge, Cambridge University Press, 1971, pp. 178-9

<sup>23</sup> Sun Tzu, *L'Art de la guerre*, París, Flammarion, 1972

<sup>24</sup> R. K. Khawam (ed), *Le Livre des Usages La stratégie politique des Arabes*, París, Phébus, 1976.

<sup>25</sup> Ver Jean Baudrillard, *Le Systeme des objets*, París, Gallimard, 1968; *La Société de consommation*, París, Denoel, 1970; *Pour une critique de l'économie politique du signe*, París, Gallimard, 1972

<sup>26</sup> Guy Debord, *La Société du spectacle*, París, Buchet-Chastel, 1967

<sup>27</sup> Roland Barthes, *Le Plaisir du texte*, París, Seuil, 1973, p. 58

su propia historia; los peatones, en las calles donde hacen moverse los bosques de sus deseos y de sus intereses. De igual modo, los usuarios de códigos sociales los vuelven metáforas y elipsis de sus cacerías. El orden imperante sirve de apoyo a innumerables producciones, mientras que vuelve ciegos a sus propietarios ante esta creatividad (como estos “patrones” que no pueden ver lo que se inventa de diferente en su propia empresa<sup>28</sup>). En última instancia, este orden sería el equivalente de lo que las reglas de metro y rima eran para los poetas de antaño: un conjunto de coacciones para estimular los hallazgos, una reglamentación de la que se sirven las improvisaciones.

La lectura introduce pues un “arte” que no es pasividad. Se parece más bien al arte cuya teoría fue hecha por los poetas y los novelistas medievales: una novación infiltrada en el texto y en los términos mismos de una tradición. Imbricados en las estrategias de la modernidad (que identifican la creación con la invención de un lenguaje propio, cultural y científico), los procedimientos del consumo contemporáneo parecen constituir un arte sutil de “inquilinos” bastante sagaces como para insinuar sus mil diferencias en el texto que establece la regla. En la Edad Media, el texto se encuadraba en la teoría de las cuatro o de las siete lecturas de las que era susceptible. Era un libro. En adelante, este texto ya no llega de una tradición. Se impone por medio de la generación de una tecnocracia productivista. Ya no es un libro referencial, sino la sociedad toda convertida en texto, convertida en escritura de la ley anónima de la producción. A este arte de lectores, le ha sido útil compararse con otros. Por ejemplo, el arte de los conversadores: las retóricas de la conversación ordinaria constituyen prácticas transformadoras de “situaciones de habla”, de producciones verbales donde el entrecruzamiento de posiciones locutoras instaure un tejido oral sin propietarios individuales, las creaciones de una comunicación que no pertenece a nadie. La conversación es un efecto provisional y colectivo de competencias en el arte de manipular “lugares comunes” y de jugar con la inevitable de los acontecimientos para hacerlos “habitables”.<sup>29</sup>

Pero la investigación se ha consagrado sobre todo a las prácticas del espacio,<sup>30</sup> a las maneras de frecuentar un lugar, a los complejos procesos del arte culinario, ya las mil formas de instaurar una fiabilidad en las situaciones experimentadas, es decir, de abrir una posibilidad de vivirlas al reintroducir en ellas la movilidad plural de intereses y de placeres, un arte de manipular y de gozar.<sup>31</sup>

### *Extensiones: prospectivas y políticas*

El análisis de estas tácticas se ha extendido a dos dominios cuyo estudio se había previsto, pero cuyo enfoque se ha transformado en el curso del estudio: uno se refiere a la prospectiva; el otro, al sujeto en la vida política.

En los trabajos de prospectiva, el carácter “científico” de entrada está puesto en duda. Si su objetivo es finalmente una inteligibilidad de la realidad presente, y la regla es una preocupación de coherencia, hay que constatar, por un lado, el carácter

---

<sup>28</sup> Ver Gérard Mordillat y Nicolas Philibert, *Ces Patrons éclairés qui craignent la lumière*, París, Albatros, 1979.

<sup>29</sup> Ver H. Sacks, E. A. Schegloff, etc., arriba citados.

<sup>30</sup> Ver más abajo los caps. VII a IX.

<sup>31</sup> A estas prácticas hemos consagrado algunas monografías donde se encontrará la creciente y dispersa bibliografía sobre el tema Ver el volumen 2. *Habiter, cuisiner* por Luce Giard y Pierre Mayol.

inoperativo de un número creciente de conceptos y, por otro, la inadecuación de procedimientos para una reflexión del espacio (propósito: el espacio ya no de las determinantes políticas o económicas utilizadas, y no existe teoría al respecto).<sup>32</sup> La metaforización de los conceptos empleados, la diferencia entre la atomización que caracteriza la investigación y la globalización que es la limitación del planteamiento, etcétera, sugieren que hay que tomar como definición del discurso mismo la “simulación” que caracterizaba su método. Asimismo, se ha llegado a considerar dentro de los estudios de prospectiva: 1) las relaciones que “una” *racionalidad* mantiene con *imaginación* (que es en el discurso el indicio de su lugar de producción); 2) la diferencia entre los tanteos, los ardidés pragmáticos y las *tácticas* sucesivas que marcan la investigación práctica y, por otro lado, las representaciones *estratégicas* que se ofrecen a los destinatarios como el producto final de estas operaciones.<sup>33</sup>

Se constata, en el discurso, el retorno subrepticio de una retórica que metaforiza los “campos propios” del análisis científico, y, en las agencias, una distancia creciente entre las *prácticas efectivas* y cotidianas (que son del orden del arte culinario) y las escrituras en “escenarios” que marcan con cuadros utópicos el murmullo de las maneras de hacer en cada laboratorio: por un lado, mezclas de ciencia y ficción; por otro, la disparidad entre los espectáculos de estrategias globales y la opaca realidad de tácticas locales. Uno es llevado a interrogarse sobre el “fondo” de la actividad científica, ya preguntarse si no funciona como un *collage* que yuxtapone, pero articula cada vez menos, las ambiciones teóricas anunciadas por el discurso y la persistencia testaruda, remanente, de astucias milenarias en el trabajo cotidiano de las agencias y los laboratorios. En todo caso, el corte transversal de esta estructura, observable en tantas administraciones y empresas, obliga a repensar todas estas tácticas hasta aquí demasiado negadas por la epistemología de la ciencia.

El problema no concierne solamente a los procesos efectivos de la producción. Cuestiona, bajo una forma diferente, la *condición del individuo* en los sistemas técnicos, ya que la participación del sujeto disminuye en la medida de su expansión tecnocrática. Cada vez más limitado y cada vez menos relacionado con estos vastos medios, el individuo trata de desprenderse de ellos pero sin lograr salir; le queda entonces el recurso de valerse de ardidés para con ellos, de poner en práctica “jugarretas”, de encontrar en la megalópolis electrónica y computarizada “el arte” de los cazadores o de los campesinos de antaño. La atomización del tejido social proporciona hoy en día una pertinencia *política* a la cuestión del sujeto. Como prueba de esto, los síntomas que son las acciones puntuales, las operaciones locales y hasta las formaciones ecológicas que absorbe, sin embargo, por prioridad, la voluntad de manejar colectivamente las relaciones con el medio ambiente. Estas maneras de reapropiarse el sistema producido, creaciones de consumidores, tienden a una *terapéutica de los vínculos sociales deteriorados* y utilizan técnicas de reciclaje donde se pueden reconocer los procedimientos de las prácticas cotidianas. Una política de estos ardidés queda pues pendiente de elaborarse. En la perspectiva abierta con *El malestar en la cultura*, debe interrogarse también sobre lo que puede ser hoy en día la representación pública

---

<sup>32</sup> Ver, por ejemplo, A. Lipietz, “Structuration de l’espace, Probleme foncier et aménagement du territoire”, en *Environment and Planning*, A, 1975, vol 7, pp 415-25 y “Approches théoriques des transformations de l’espace français”, en *Espaces et Société*, núm 16, 1975, pp.3-14.

<sup>33</sup> El análisis de la serie *Travaux et recherche, de prospective*, París, Documentation française, en particular los volúmenes 14, 59, 65 y 66, y sobre todo los estudios de Yves Barel y Jacques Durand han servido de base para esta investigación sobre la prospectiva.

(“democrática”) de alianzas microscópicas, multiformes e innumerables entre manipular y gozar, realidad huidiza y masiva de una actividad social que juega con su orden.

Visionario punzante, Witold Gombrowicz proporcionaba a esta “política” su héroe este antihéroe que asedia nuestra investigación cuando hacía hablar al modesto funcionario (el “hombre sin cualidades” de Musil, “el hombre ordinario” a quien Freud consagra *El malestar en la cultura*) cuyo estribillo es “cuando uno no tiene lo que ama, hay que amar lo que uno tiene”; “He debido, usted lo comprende, recurrir siempre más a todo tipo de pequeños placeres, casi invisibles, provechos accesorios... Usted no tiene idea cuánto, con estos pequeños detalles, se hace uno inmenso; es increíble cómo crece uno”.<sup>34</sup>

---

<sup>34</sup> Witold Gombrowicz, *Cosmos*, París, Gallimard (Folio), 1971, pp. 165-68.